

Dabar

i.

dame de comer tu Voz

haz que choque contra mi paladar

astilla clavada en la dulzura

de poder conocerlo todo

antes de tu boca

no había

algo

no podía decirse

el mundo

nace en tu lengua

hierve el caldo primario

entre tus dientes

afilados como las galaxias

mis dientes

no pueden ser como los tuyos

hieren

torpes

la pulpa de lo uno

y lo dividen en partes burdas

que mastico

ii.

¿qué hay en un/

tu nombre?

¿no es en tu voz que tiene forma

el cosmos? tú que te expandes

mientras mi lengua te busca

pero

lo que digo no es
lo que hay

lo que dices es
uno contigo
y tú eres todo tu
voz decreta

exista
y esa es la vida

¿si por otro nombre te llamara podrías entenderme?
¿quién sabría que te estoy llamando?

iii.

antes tu tierra hablaba tus palabras
era uno el nombre con el Nombre
el Nombre con la carne

mis dientes hieren tu pulpa
cada vez que te invoco
rasgo tu cuerpo tratando de asirlo

apalábrame

déjame volver

déjame ser Verbo
decir *esta traición*
de querer ser Tú
e inaugurar el tiempo en *este poema*

-Ivana Onoma

Resonancia.

Algún día,
estarán sepultadas,
en el mismo lugar,
de sus raíces.

En el último cajón
de las cosas olvidadas.
Con fantasmas, cenizas
y desierto.

Volverán las cadenas
del silencio
y solo quedará
la forma de su huida.

Ahora y siempre,
quemando su memoria
el eco de los tiempos.
La palabra.

INQUISICIÓN

Por Lucano Flaco

*¿Has comprobado ya que el color del abedul
se tiñe por obra de las sílabas?
¿Has reparado en las formas convexas
que los fonemas de «barco» prefiguran?*

*Dime, en el extenso reino del sonido,
¿qué refleja al mundo sino las palabras?*

*Y todos los colores serán sílabas,
todas las formas revestirán sonidos.
Con las vocales pintaremos sierras
y ornaremos el valle de rumores sordos.*

*Cuando con la palabra se pinta el abedul
o con los fonemas se construye un barco,
qué hacemos con la vida sino iniciarla,
qué hacemos con el mundo sino crearlo.*

¿Qué nos salva?

Esta noche hay fuegos inundando llantos.

Llamas jugando a las palabras-sol-pájaros.

Almanaques muriendo en las cuentas de los viejos.

Y angustias buscando el Masaya.

Donde el recuerdo del silencio desaparece,

y se extiende como color sangre por las tienditas que venden la tierra.

Donde la música rumorosa de los artesanos

animan los pintados cuencos vacíos.

Donde el eco de los vendedores de queso se despliega,

imitando los aúllos de los monos en la selva.

Y donde las miradas de los gringos se pierden buscándote, ternura.

¿Qué nos salva? Te pregunto.

Me respondes a lo árabe: ¿Qué crees que nos salve?

Y de repente, como siempre y no tan de repente, la epifanía.

Una niña de ojos luna, de ojos llovizna,

de ojos luz de *saudade* me envuelve en su tejido,

en su liar, en su creación de “te traje el seno y la noche”.

En ese silencio arrinconado de Masaya,

las manos de la niña dan vida al instinto.

Es un hombre de madera, con cabeza de guata

y extremidades rojas de sangrar hambre.

La niña lo quiere calvo como la imagen de su tata.

Su traje, blanquito como la pureza de la noche,

es la antesala para el baile del zopilote.

Sus ojos de tinta china simulan una lucha, un camino y un adiós.

“Es un hombre” se repite la niña, mientras lo teje con su palabra.

Mi mirada absorta en sus manos hace parte de su oración.

Ahora, en el silencio compartido del mercado, susurramos al unísono:

Es nuestro hombre que no bebe chicha bruja.

Es nuestro hombre que carga libros para jugar a ser tiempo en los pepanos.

Es nuestro hombre palabra-agua en el Movimiento Campesino.

Es nuestro hombre-niño que ruge como ocelote.

*Es nuestro hombre-constelación que reza al atardecer historias
para niñas tejedoras de quitapesares.*

Es nuestro hombre-canto que se escucha en el llano como la calandria campanera.

Es nuestro hombre promesa de vida en lucha, de palabra ser, de palabra viento.

La niña no alza la mirada, concentra la fuerza en el ombligo.

Con sus dedos rollizos empuja la bolita de lana en el centro de su ser creación,
que puede ser el de la tierra, que puede ser América.

Para cerciorarse de la autenticidad de nuestro hombre

la niña se levanta la camisa, mira su ombligo y comprueba su raíz.

Sí, es su hombre-sueño, su hombre preñado de esperanza.

La creación de la niña finaliza con el susurro de un algo,
en los oídos esferas de algodón.

¿Un mandato, una plegaria, un fado? ¿Un romance, tal vez?

Después del tiempo de los ojos cerrados y las palabras-suplica,
la niña lo encapota para guardarlo en el canto de su faldón.

Y corre, corre por los laberintos de Masaya, con sus pies alegría,
con la certeza de que en su bolsillo guarda nuestro corazón.

Lo que no ha nacido no tiene nombre

Lo que no ha nacido no tiene nombre
Nacer es poder ser nombrado
Darse a la luz en la palabra

¿Nace la palabra?

Es su propia voz lo que brota en nosotros.
Y el silencio testifica su nacimiento
Porque toda ella es origen.

Lotus.

La palabra

Tiene raíces en el tiempo

roca viva que encierra laberintos

nombra

embruja

busca estrellas en el agua

para dar de beber la luz

que se parezca a su designio

vislumbre que emerge

entre las grietas del sonido

lengua de aire como el verso

diente de león al viento

que al soplar

desaparece.

UNA HERIDA

Una rosa es una rosa es una rosa

Gertrude Stein

Cuando el poeta dice lluvia
tiemblan los pájaros entre las ramas
Cuando dice herida
el dolor se acuerda de sí mismo
Cuando dice hambre
los huesos se buscan en la oscuridad
Cuando dice blancura
un caribú salta y desaparece

Escribo puerta
y alguien regresa a su sueño

Digo ausencia
y el papel es un espejo

Cuando no te nombro
te estoy nombrando

Seudónimo: Circe

QUISE ATRAPAR UNA PALABRA

A la memoria de los jóvenes asesinados en el transcurso del 2020

Quise atrapar una palabra
y me devoró la noche
amanecí herido
esposado
en la boca del lobo.

Corrí con mi juventud a cuestras
y vi los ojos del espanto.

Quise atrapar una palabra para hacerla una orgia
pero solo hallé muerte
y un virus creado para cortarnos de raíz
las alas.

Quise atrapar una palabra
y encontré un fusil apuntándome a los ojos.
Quise enamorar a una muchacha
y el fusil seguía apuntándome a la cabeza.
Quise graduarme con honores
y el fúsil me golpeaba las encías.
Quise conocer el amor
y halaron el gatillo.

HANK 99

Un sendero nuevo a la cascada

Tras su poema “Colibrí”
Carver me despidió
esta tarde con “Último fragmento”.
Después de tanto escribir, beber,
andar y trasandar su mundo, amar un poco
pero siempre,
me conmovieron los
últimos poemas que aluden a una
paz que me corresponde
y a una luz que no lastima.

En ellos me contó
la noticia del doctor, su matrimonio,
su adiós a los amigos y ese
fervor bésame
—dicho para Tess,
para Tess—,
la emoción intensa
de cada verso y la viva expectación
no siempre temerosa
en medio de su paz.

Me contó sobre
el atardecer en el que veía
su foto de dos años
antes

de la noticia,
ya con la luz de su vida auestas
que sin duda lo seguía
acompañando entonces,
—cuando estaba dispuesto
a partir—,
luz que no fue el
intenso mediodía de
adulto joven,
sino el crepúsculo amarillo
del final.

Una luz dorada sobre las rosas del jardín.

Este verso conduce
—como sendero nuevo a la cascada—
una cadencia y
algo más
desde el jardín cotidiano
que cultivó
—la casa, quedarse dormido en
el sofá con el libro abierto
o con las películas
a blanco y negro, el hogar
de fuego
en la chimenea,
los ojos de Tess
verdes musgo de río—

hasta mí.

Sendero que ahora
conduce esta convicción
de haber asido algo,
además
la añoranza por lo mucho
y para siempre perdido.

palabra, sendero
me conduce a esta
cascada
de aguas
que a lo lejos
solo intuía,
a lo lejos
era un palpar,
un acento
y ahora aquí
parece
abarcarcarme.

LAS PALABRAS DE MIS DIENTES DE LECHE

Para dónde se fueron

las palabras de mis dientes de leche

Aquellas que se abrazaban a mi madre

cuando la lluvia caía

con pedazos de cielo

Las que iban por la calle

repitiendo los gestos de mi padre

para no olvidar los mandados

Las mismas

que se raspaban las rodillas

por estar pendientes

del paso de unos ojos

con alma de cometa

y se escondían debajo de la mesa

para escapar de los fantasmas

y guardaban silencio

cuando los gatos se iban de la casa

cuando abríamos las tumbas de los perros

en las sombras del patio

Para dónde se fueron

las palabras de mis dientes de leche

ROCAFLORA